

gioso que era tenido en Jerusalem por un santo. Hemos visto como estuvo á punto esta preciosa reliquia de perderse y caer en manos de los bárbaros.

Al día siguiente no dejó don Alvaro de presentarse en la iglesia Mayor de Ubeda, como le habia encargado el santo religioso. Encontró á éste ya calzadas sus sandalias, con un baston blanco de peregrino en la mano, y dispuesto á volverse otra vez á Jerusalem.

—Padre mio, le dijo, he meditado sobre la gracia que debia pedir á Dios. Ya rico-hombre, por la gracia del rey de Castilla, lo único que deseo es, que asegurados ya mis descendientes de la prosperidad temporal, se hagan dignos de ella. Quisiera, pues, que si en la série sucesiva de los siglos alguno de mis descendientes por ignorancia, malas pasiones ó felonía vil llegase á cometer alguna culpa contra Dios y contra el rey, me concediese el cielo poder salvarle del peligro, y enveredarlo por el buen camino. Si pido mucho, perdonad, padre mio, por mi estrema ambicion; pero desearia conservar puro é ileso el honor de mi raza. Quisiera volver al mundo entonces á protegerle.

—Hijo mio, le dijo el religioso; Dios no quiere forzar las leyes de la naturaleza; los muertos no pueden volver á la vida; pero el Señor te concederá por medios naturales y que están en su mano disponer, el que cuando se vean en conflicto alguno de tus descendientes y á punto de perecer la casa, de que eres el glorioso fundador, puedas salvarle. Toma, añadió dándole un pequeño relicario de oro, el cual contenia una espina arrancada de la Santa Corona.

Aquella espina la recibió de rodillas el religioso don Alvaro, despues de haber besado la mano del santo monge, a colocó respetuosamente en su cuello ofreciendo llevar la allí hasta que alzase una magnífica iglesia en su nuevo señorío, y pudiera esponerla dignamente á la pública veneracion de los fieles.

El anciano monge salió de la iglesia, y desde entonces jamás se ha vuelto á saber qué ha sido de él. Algunos juzgaron que habia sido arrebatado al cielo en vida, cual el profeta Elías; creencia muy propia de aquellos tiempos de ardiente fé y de devocion.

V.

Desde entonces vivió don Alvaro, conde de Palazuelos, en la mayor amistad y favor del rey, siendo uno de los que no se separaron de su lado en la gloriosa conquista de Sevilla, con que debia terminar el imperio de los Almohades en Andalucía.

Acompañado de Abou-Said á quien habia restablecido como hemos dicho en el trono de Granada, marchó Fernando III á cercar la ciudad reina del Guadalquivir. La cruz de Cristo y las lunas africanas marcharon juntas por primera vez y se presentaron delante de Sevilla. Los moros de Sevilla vieron con indignacion el estandarte de Cristo y de Mahoma desplegados en un mismo campo para someterlos. Diez y seis meses duró el sitio, la ciudad agotada por el hambre, falta de todo recurso propuso entregarse á condicion de quedarse los moros con sus haciendas y que las rentas y tributos que pagaban al Emir, se repartiesen por mitad entre él y el monarca cristiano. El rey de Castilla ni aun se dignó contestar á estas proposiciones. Habia llegado el último día de la dominacion de los árabes en la hermosa

ciudad del Guadalquivir. No podian sostenerla, empero les dolió tener que abandonarla. Propusieron nuevamente al rey la posesion de las dos terceras partes de la ciudad, obligándose ellos á levantar una muralla que dividiera los dos pueblos. Fernando III exigió la entrega á discrecion. Todavía instaron tercera vez, solicitando se les dejase salir libres al menos con sus mugeres, sus hijos y el caudal que consigo llevar pudiesen. Fernando III les concedió generoso esta condicion.

Mas de cien mil individuos debian de salir de la ciudad para retirarse á las posesiones que aun conservaban los moros en España ó á las regiones de Africa. No querian en su ausencia dejar á los cristianos vencedores la mezquita mayor, ó por lo menos la alta y magnífica torre de la Giralda, obligándose á levantar otra no menos magnífica y costosa. Fernando III hizo anunciar al rey moro de Sevilla Abul-Hasand por medio del nuevo conde de Palazuelos, que si una sola teja faltaba de la mezquita haria rodar las cabezas de todos los moros, y que por un solo ladrillo que se desmoronara de la torre de la Giralda, no quedaria en Sevilla moro ni mora á vida.

Tuvieron que ceder á la dura ley de la necesidad y firmaron la capitulacion de entregar lisa y llanamente la ciudad el día 23 de noviembre de 1248, día de San Clemente.

La ciudad quedó por los cristianos, empero se dilató la entrada pública de estos por un mes, plazo generosamente concedido por el rey á los rendidos para que en ese tiempo pudieran negociar sus haciendas, reunir sus caudales y disponer y arreglar su partida, preparando en tanto el monarca vencedor, por su cuenta, acémilas y barcos de transporte para llevar á los moros á los puntos que eligiesen.

Cumplido el plazo en el día 22 de diciembre, entró triunfalmente en la hermosa ciudad de Sevilla, el rey de Castilla y de Leon.

Abul-Hasand le entregó en las puertas las llaves de la hermosa ciudad, y triste y silencioso fué á las márgenes del Guadalquivir en busca de la nave que debia conducirle á llorar su desventura en Africa. Fernando III entraba con su ejército formando una solemne procesion en la ciudad que hacia mas de quinientos años habian ocupado los hijos de Mahoma. No queria el monarca castellano ser el triunfador, sino que lo fuese Maria, la Madre de Cristo cuyo culto iba á restablecer en aquella ciudad, y á quien se confesaba deudor de todas sus victorias. Marchaban los caballeros de las órdenes militares con sus estandartes desplegados, con sus grandes maestres á la cabeza: don Pelayo Perez Correa, guiaba la hueste de Santiago; don Fernando Ordoñez, la de Calatrava; don Pedro Yañez, la de Alcántara; don Fernando Ruiz, la de San Juan y don Gomez Ramirez la de Montesa. Seguía el clero presidido por nueve obispos: los de Jaen, Córdoba, Cuenca, Segovia, Avila, Astorga, Cartagena, Palencia y Coria. Sobre un magnífico carro triunfal cubierto de brocado y ricas telas de oro iba la imágen de la Virgen Maria, reina del ejército cristiano que volvia á tomar posesion de la ciudad de San Leandro y San Isidoro, esos dos santos pontífices que tanto habian defendido sus prerogativas contra las herejías del arrianismo. Al lado del sagrado carro marchaba á pie el rey don Fernando llevando la espada desnuda, su esposa la reina doña Juana, los infantes don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Sancho y don Manuel, hijos del rey: el príncipe don Alfonso de Molina, su hermano,

el infante don Pedro de Portugal, el hijo del rey don Jaime de Aragón y el hijo del rey moro que fué de Baeza, Uberto, sobrino del papa Inocencio IV. Seguían detrás de esta magnífica corte de reyes y príncipes los ricos-hombres de Castilla y de León, entre los que iba el nuevo conde de Palazuelos, cerrando la marcha las victoriosas tropas y los soldados de los diversos concejos, con sus respectivas banderas y variados pendones.

Purificada la mezquita mayor, el arzobispo electo de Toledo, don Gutierrez, celebró la primera misa en aquel mismo carro triunfal convertido en altar, y se enarbó en la alta torre de la Giralda el estandarte real con la cruz de Cristo.

Fernando III ocupó el magnífico alcázar de los reyes moros, y el rey moro de Granada, Ben-Alhamar, se despidió del rey Fernando y se tornó á su reino, triste y previendo que no tardaría en caer del todo el poder de los musulmanes.

Fernando III despues de haber destruido los fuertes de los musulmanes en España, donde solo quedaba el reino de Granada, quiso llevar sus victoriosas armas al Africa. Solicitó la cooperacion de Enrique III, rey de Inglaterra, que se negó á tan alta empresa, y resuelto á llevarla por sí solo á cabo, lo hubiera verificado á no haber muerto de hidropesía en 1252. La España perdió un héroe, el trono un gran rey, y la Iglesia un gran santo. Difícil era preveer que aun doscientos cincuenta años habian de pasar antes que la España se viese enteramente libre del yugo extranjero. No se podia suponer que el celo religioso, el odio nacional, se detuviesen en una carrera que tan débiles obstáculos ofrecia, empero el espíritu de insubordinacion y las continuas revueltas intestinas paralizaron el triunfo de las armas cristianas.

Lloró el reino la muerte de Fernando III como la de un padre, y al día siguiente aclamó y reconoció á su hijo don Alfonso, rey de Castilla y de León, bajo el nombre de Alfonso X, á quien la historia dió despues el renombre de Sabio.

Muerto Fernando III, volvió á sus tierras, de donde habia salido pobre y desesperado, don Alvaro de Palazuelos, convertido en un rico-hombre y poderoso conde. Su esposa doña María tuvo pagos y dueñas, no hiló ya el grosero cáñamo; sus dos hijos, cuando se hicieron grandes, fueron caballeros llenos de valor, sumisos siempre á los reyes de Castilla y de León, sucesores de San Fernando.

Don Alvaro ocupó el castillo de Atienza y convirtió el mezquino torreón de Palazuelos en un elegante y hermoso castillo feudal, que desafiando el trascurso de los siglos y el desuso de los hombres, es aun hoy uno de los castillos mejor conservados que hay en España, uno de los mas bellos monumentos de la edad media.

Fiel observador de su voto y agradecido á la memoria de la santa espina que habia recibido en Ubeda, hizo levantar al pie del castillo de Atienza una hermosa iglesia con un claustro donde piadosos religiosos orasen á Dios por la salvacion de los hombres, y los dotó ricamente con las grandes riquezas que habia conseguido en la conquista de la Andalucía y de Sevilla, donde el rey Fernando III habia distribuido generosamente entre sus capitanes el rico botín que habia encontrado en la ciudad reina del Guadalquivir.

El buen conde de Palazuelos empleó los últimos años de su vida en las buenas obras y la práctica de sus deberes

religiosos, no saliendo casi nunca del convento de la Santa Espina de que habia sido el fundador.

Cuando vió que se aproximaba su última hora, llamó á su hijo mayor que debía ser conde despues de él, y le dió los mas sanos y buenos consejos, encargándole se acordase siempre de ellos y se los repitiese á sus hijos para que estos lo hiciesen tambien mas tarde á sus herederos. Le recomendó que despues que la Iglesia hubiese pronunciado por él las oraciones consagradas á los difuntos, colocase su cuerpo en el sepulcro que con anticipacion habia hecho preparar en la capilla del castillo de Atienza.

Le repitió su encargo de que fuesen siempre fieles á los reyes y mantuvieran constante devocion á la Santa Espina, á la que debía el engrandecimiento de su noble casa, manifestándole la esperanza que tenia de que Dios por la intercesion del santo monge que desde Jerusalem habia traído al santo rey de Castilla y de León la sagrada corona de espinas del Redentor del mundo, le concedería velar desde el cielo, donde piadosamente creia ir, por el honor de su casa y salvar á cualquiera de sus descendientes que olvidándose de sus deberes para con su Dios y su rey, pudiera manchar el noble blason que habia recibido de San Fernando.

Mas tarde los monges del monasterio de la Santa Espina, redactaron una piadosa leyenda que conteniendo cuanto hemos referido, prometia, que el primer conde de Palazuelos por gracia especial y proteccion divina, podria volver á aparecer entre los vivientes.....

Son muy frecuentes estas leyendas en los siglos de la edad media, siglos de fé poco ilustrada, empero de fé viva y ardiente. Además los cánones de la Iglesia, no se oponen á estas creencias, y como dice el testo sagrado: «¿quien podria poner límites al poder divino?» *¿Quis queat potentiae divinae imponere metas?*

EL CONDE DE FABRAQUER.

(La continuacion en el número inmediato.)

UN PASEO DE DIA AL VESUBIO.

Todos los que han viajado por Italia, que han visitado á Nápoles, han subido al Vesubio. Esta es una expedicion de rigor para todo viagero. La ascension al Vesubio durante el día es un admirable paseo.

Se sale de Nápoles despues de haberse desayunado á las diez de la mañana; se sube al volcan, se examina su cráter muy descansadamente, y antes de las cinco ó las seis de la tarde está uno de vuelta para comer en la ciudad.

La hospitalidad napolitana ha allanado bien el camino, ha dulcificado las cuestas, ha prevenido de tal modo todos los deseos del viagero, que á menos de quererle á toda costa crear dificultades inútiles, no hay medio de tener el mérito de cansarse ó fatigarse. En Nápoles solo se tiene aficion á los placeres fáciles. Comparada con el Vesubio, la mas pequeña montaña suiza, requiere para trepar á ella mas paciencia y vigor.

Hay ademas muchos modos de comprender la ascension al Vesubio. El modo de subir depende del carácter: cada

cualsiguiendo su naturaleza va á buscar á la cumbre diferentes recuerdos; unos vuelven con el fastidio que habian llevado, otros encuentran poesia y otros simplemente una diversion.

Los viajeros ricos y hartos de sensaciones van en carretela hasta la ermita, es decir, á mas de las dos terceras partes de la montaña. Resta que subir el cono, pero para eso tienen á su disposicion los brazos de los guías, las literas, las parihuelas; solamente hay que sentir que por el oro no puedan proporcionarse á su arbitrio el interesante espectáculo de una pequeña erupcion.

Si se viaja sencillamente, es preciso subir al Vesubio á pie solo, ó acompañado de otro. Se deja al pie de la montaña toda preocupacion, y se entrega al espectáculo que tiene delante de sí con los ojos, con el pensamiento y con el alma. A cada recodo del sendero, se para, mira, goza de todos los cambios de la perspectiva, se abandona á los encantos de aquel espléndido cielo y aquel azulado mar donde parecen bajar olas de negra lava entre dos orillas de frutas y de flores; se deja uno embriagar con todas las fermentaciones que suben del seno de la naturaleza; se admira, se conmueve uno al recuerdo de las ciudades sepultadas bajo las cenizas y los fuegos subterráneos.

Una dulce y lejana melancolia viene á ennoblecer el sentimiento de la admiracion. Asi se llega todo conmovido, todo estremecido á la cumbre, y por decirlo asi, superior á sí mismo. Despues, cuando del medio de las exhalaciones de azufre desde lo alto de aquella calcinada espuma, de aquel suelo ennegrecido, desolado, abrasador, trastornado por los sordos rugidos de aquel horno con la boca abierta, se mira desde lejos á Nápoles, blanca y hermosa como el mármol, su golfo chispeante sembrado de islas parecidas á piedras preciosas, donde se reflejan todos los fuegos del sol, ¿qué alma contemplativa y apasionada no sentiria hasta en lo mas profundo de sí propia aquel contraste único bajo el cielo que inspiraba á Chateaubriand la exclamacion: *es el paraíso visto desde el infierno*.

Para la otra clase de viajeros (la mas numerosa), la ascension al Vesubio se diferencia poco de una cabalgata en burro, en cualquiera de los puntos de Europa. Se informa uno con anticipacion de algunos dias, en las fondas, de los extranjeros dispuestos á ponerse en camino. Una mañana, despues de un desayuno de ostras de Fusaro, regadas con el vinillo azul de Ischia, la alegre caravana vuela en corricolos (especie de calesines), hácia Pórtici. Desde las primeras casas se ve acudir, gritar, relinchar, vocear, todo á la vez, á una multitud llena de polvo, de guías y de jamelgos que embarazan las calles, rodean los carruages y defienden el acceso de la casa de Salvador.

Este es el nombre de un antiguo guía muy famoso. Ha dejado muchos hijos: los unos han heredado su profesion; otro ha heredado una hermosa y buena quinta situada al pie del Vesubio.

Allí se discuten los precios, se examinan los asnos y los caballos y se muere uno de risa. El mas ridiculamente equipado es el mas alegre. La comitiva sale con gran algazara y comienza á elevarse por fin y con gran confusion, sobre la hermosa calle que serpentea por el medio de las viñas.

Esta amable clase de viajeros no desdeña el paisaje: lejos de eso es de buena fé, y dispuestos á encontrarlo todo muy admirable. Pero cada cual tiene otra cosa en que ocu-

parse mas que en mirar: tiene que llevar su asno ó su caballo, que hacerlo galopar, decir un chiste á un compañero y bromear con él.

Una señora jóven grita, su rehacio asno amenaza volverse á Pórtici: acuden, se echan unos sobre los otros, se ven embarazados para andar, y hay que tirar de ellos: aquello es una barahunda y un tumulto capaz de embriagar á los mas flemáticos.

En los raros instantes pacíficos, los franceses hacen equívocos ó calamburs, los alemanes estropean las citas italianas ó francesas, ó cantan en coro un trozo del *Massaniello* ó de la *Muda de Portici*, lo que produce el agradable efecto de suscitar el recuerdo de las arañas y las decoraciones de la Opera, las anécdotas de bastidor, los folletines, las discusiones musicales, en fin, lo mas esquisito del gusto parisien. El instante está bien escogido. En cambio en el invierno próximo, en la Opera, en medio del mas hermoso canto se recordará con delicia los asnos del Vesubio. Asi cantando, disputando, aturdiéndose á gritos, en medio de chanzas se llega á la ermita. Allí, téngase ó no hambre y sed, hay que sentarse á comer: esto es de rigor. La colacion del falso ermitaño es un artículo esencial del programa. Si no se hubiese bebido en aquel sitio algunos vasos del *lacrima cristi*, jamás se lo perdonarian á uno en toda su vida.

Terminado el entreacto, vuelven á tomarse las monturas con la cabeza un poco caliente, se galopa entonces algunos minutos. Ha cesado al fin de verse el verdor y se entra en plena lava. La cumbre se levanta á pico. Fuerza es el dejar allí los cuadrúpedos. La persona mas delicada del mundo podria con un poco de buena voluntad, subir sin apoyo colocando los pies sobre los enormes trozos de lava, á la manera que se atraviesa un rio seco sobre los cantos que se ponen al través, empero esto es una cosa muy sencilla. El brazo mismo de un caballero que no es nada poético, los rudos sacudimientos de unas parihuelas llevadas por dos musculosos napolitanos son mas divertidos, al menos hay algun color local en dejarse muellemente suspender con una mano á una cuerda de que un guía adelantándose algunos pasos, tira vigorosamente hácia él. Mas de un hombre obeso se ha hecho prestar este servicio. El menor tropezon es una nueva ocasion de gritos y de una explosion de risas. Continuando el camino se hacen instructivas esperiencias. A los primeros calores del sol, á los primeros vapores de azufre, si se presenta á la entrada de las grietas ó desquebrajaduras un palo ó algunos papeles, se levanta humo, se pone negro el palo, se quema el papel. Grande admiracion. Cerca del cráter se redobra la animacion y la alegría. A poco que salga de humo y que caigan piedras y espuma de lava, ¡cuántas exclamaciones, cuántas corridas, cuántas idas y venidas!

Se dan monedas de cobre de Nápoles á los guías que las colocan sobre las escorias inflamadas vomitadas por el volcan, las hacen entrar á alguna profundidad empujándolas con un palo: las orillas de las escorias se levantan al enfriarse, y las monedas de cobre están medio aprisionadas en ellas; así se puede traer del viaje un testimonio irrecusable de una ascension peligrosa al Vesubio.

Algunas veces se come á poca distancia del cráter, se hace cocer huevos y hervir el café, sin mas que colocarlo en las grietas de la tierra. Estas grietas están ardiendo.

En cuanto á la bajada no se diferencia sino al princi-



pio: los guías dirigen hacia una cuesta cubierta de ceniza; se tiene cuidado de hundir fuertemente el talón, mantenerse echado el cuerpo atrás, y se baja corriendo. En cinco minutos se recorre toda la distancia que había exigido mas de media hora de esfuerzos para la subida. Algunos por torpeza ó por broma se escurren y tropiezan. Se encuentran, se empujan, se dejan caer. Al fin se llega al pie del cono, se vuelve á montar en los burros ó en los caballos, y se diri-



Subida al Vesubio.

gen con ligereza hacia Nápoles, donde al comer en la mesa redonda de la fonda, todos aseguran que nunca se han divertido mas en su vida. Se ha gozado de todo fuera de la naturaleza. En medio de tantas locas distracciones ¿cómo la naturaleza ha de haber encontrado medio de hacerse entender, comprender y amar de estos viajeros? Por de contado

que el calzado con que se sube al Vesubio no puede volverse á poner. Al subir y bajar por las cenizas del cono, quedan abrasadas las suelas y la piel. Las señoras no pueden subir con sus elegantes botitas de seda ó telas; tienen que

procurarse un calzado fuerte y grósero, so pena de abrasarse sus lindos pies.

He aquí la relacion exacta de una visita al Vesubio, copiada de un viagero francés, y á la que sirven de comple-



Bajada del Vesubio.

mento los dos grabados que acompañan á este artículo, suficientes por sí solos para que se forme una idea cabal de lo que son esta clase de escursiones. Respecto al volcan, nos

referimos á lo que sobre él hemos dicho en otros artículos insertos en el Museo.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

HISTORIA DE UN SUCESO DEL SIGLO PASADO.

I.

LA TERTULIA DEL GOBERNADOR DEL CONSEJO.

—¡Señores, las Oraciones!—Al oír esta frase pronunciada por un eclesiástico de edad madura, se pusieron en pie y comenzaron á rezar devotos cuantos se hallaban en una sala bastante espaciosa y severamente adornada con sitials y sofá de damasco amarillo, un cuadro de la Concepcion Inmaculada de mano maestra, y cuatro cornucopias, de cuyos remates arrancaban los correspondientes candeleros. Dos págas acababan de encender las luces. A la parroquia de San Salvador de Madrid pertenecía la campana que allí había retumbado sonora, por dar frente á la casa de la Villa los balcones, y estar abiertos á causa de ser el 18 de junio; y no hay para que decir de que año, pues al punto lo conocerá el menos lince, enterándose de la conversacion anudada, así que hubo terminado el rezo, entre las personas reunidas en dicha sala, todas de viso, cada cual en su clase.

—Pues como iba diciendo, se oyó al sacerdote citado, solo trece meses lleva corridos la revolucion de Francia, y asusta como se desboca. Ahora andan tras de constituir civilmente al clero, y de seguro promueven un cisma.

—Razon tiene el señor don Joaquin Traggia, y mucha, dijo uno de los que le escuchaban atentos, hombre de frente despejada y abultado de vientre. Pero no debe olvidar que no se vienen encima las revoluciones de pronto como las tempestades. Sin los desórdenes de la regencia y los de la época de Luis XV, fomentados por los nobles y hasta por purpurados, no aconteceria lo que deploramos á una.

—Y sin las nefandas predicaciones de la mal llamada filosofía que blasfema de Dios y sus santos, señor don Casimiro Ortega.

—Con el ejemplo, señor don Joaquin, es como se predica mas eficazmente, y los que hacen befa de la religion de Jesucristo con su libertinaje, no tienen autoridad para reprimir á los escritores extraviados que corrompen los corazones co color de ilustrar los entendimientos.

—¡Dichosos los que vivimos en España! interrumpió un sesenton de mirada vivaz y de alegre semblante.

—Amigo don Ramon de la Cruz, respondió el don Casimiro: mejor lo podíamos decir antes de bajar á la tumba el señor don Carlos III. Su hijo no carece de buenas dotes; pero aborrece el trabajo, y caza mucho... Ya veo que el señor don Joaquin se impacienta de oírme, y teme que se me vaya la lengua; pero ni este es caso de Inquisicion, ni está bien que entre amigos íntimos no haya algun desahogo. Si se hallara delante el señor gobernador del Consejo, no me atreveria á decir en su casa, que en los tiempos del buen rey difunto jamás se vió un simple guardia de corps y de veinte y tres años de edad, elevado de un salto á grande de España; ni que el señor conde de Floridablanca se retrae cada vez mas de los negocios, y que fuera de los dias en que despacha nunca va á palacio, si no lo llaman sus magestades.

—Ese es terreno muy resbaladizo ¿Por qué no hemos de hablar de cosas mas amenas? ¿En qué se ocupa nuestro buen don Ramon ahora? preguntó el don Joaquin dando á la conversacion otro sesgo.

—Yo, señor Traggia, ya me despedí de las musas, y ademas ellas se muestran esquivas con las gentes entradas en años. He procurado pintar las costumbres populares y doy por terminada la carrera; y quizá obrara de igual modo, aunque fueran menos mis dias y achaques, desde que hace un mes vi el estreno de *El Viejo y la Niña*. Esta si que es toda una comedia.

—Siento no haberla impreso: si hubiera vivido mi padre, que era muy amigo del que dió el ser al autor de esa produccion excelente, sin duda saliera á luz de mi casa, dijo un jóven como de veinte y ocho años.

—Amigo don Gabriel Sancha, me gusta oiros; mucho debe la literatura á la laboriosidad de vuestro padre, digno rival de Ibarra.

—Gracias, señor don Joaquin, repuso el jóven haciendo una reverencia.

—Y aquí entre amigos, dijo don Ramon de la Cruz y Cano, séame lícito lamentarme de que los progresos de la escena española no correspondan á los conseguidos en los demas ramos. Se han reformado los estudios: se han abierto numerosos institutos de enseñanza: se han creado poblaciones: se han construido caminos y canales: de la arquitectura de principios del siglo á la de ahora, hay toda la distancia que están revelando la monstruosa fachada del Hospicio y la severa estructura del Museo, obra del señor don Juan de Villanueva, que me está escuchando y se sonroja de oír su merecida alabanza; tambien están presentes los señores Goya y Carmona, que sin adulacion se las pueden apostar á los mas hábiles en la pintura y el grabado. Todos los que sobresalen en las diferentes carreras tienen asegurado el sustento, y solamente los poetas, por mucho que se les aplauda, no salen jamás de congojas; y tampoco les ayuda el gobierno. Por ejemplo, don Leandro Fernandez Moratin, autor de *El Viejo y la Niña* ¿de qué vive? Nadie puede tildar al señor conde de Floridablanca de indiferente al mérito, ni de poco liberal en promover que se galardone á todo el que lo tiene; pues Moratin le felicitó el dia de su santo con un precioso romance, pidiéndole su proteccion poderosa; y quizá, quizá, el señor ministro se halle muy satisfecho de haber accedido á sus instancias; y todo ha venido á parar en darle un beneficio simple de trescientos miserables ducados, y para disfrutarlo se ha tenido que ordenar de primera tonsura y que vestir hábito de abate; y con todo se queda tan pobre como antes de ser protegido y con la gratitud á cuestas.

—Como un libro está hablando el célebre autor de la tragedia de *Manolo* y de la *Comedia de Maravillas*.

—Señor Traggia, cuando se tiene razon hasta es elocuente la rudeza. Se dan á decir mis amigos que me he conquistado una popularidad envidiable, y que mis sainetes vivirán mientras no muera nuestro hermoso idioma. Tal vez exageran mis merecimientos á impulsos de su desinteresado cariño; mas, aun suponiendo que la pasion no les ciegue, si no fuera por el sueldo de oficial mayor de la Contaduría de penas de cámara y el que me dá por asistir á la suya el señor duque de Osuna, tendria que mantenerme de aleluyas ó que pedir limosna. Siempre he creído que á los autores dramáticos les cantaria otro gallo, si el señor don Carlos III les tendiera su mano protectora; pero como no asistia nunca al teatro, y el director de su conciencia, tan virtuoso como ignorante, lo tenia por cosa de los mismísimos infer-

nos, todavía hay que aplaudir que duren las representaciones teatrales contra la voluntad expresa de gentes hipócritas ó fanáticas ó sin seso; y que el marqués de Grimaldi lograra que en todos los sitios reales se construyeran teatros; y que el señor conde de Aranda fomentara el gusto á estos espectáculos civilizadores, asistiendo frecuentemente á ellos, cortando de raíz la descompostura del populacho y la algazara entre los que llenaban el patio y las que concurrían á la cañuela, y hasta dando representaciones en su casa. Ahora ni el señor ministro de Estado, ni el señor gobernador del Consejo dan muestras de amor al teatro. De oficio y por afición lo protege únicamente el señor corregidor de la coronada villa, donde nació por merced del cielo...

—Mas á tiempo no podía llegar el señor Armona, dijo Villanueva, fijando la vista en un anciano, pálido y enjuto de carnes, que á la sazón entraba en la sala.

—Buenas noches, pronunció jovialmente el recién venido, y tras de responderle todos con la misma cordialidad y el propio agasajo, añadió mirando á un lado y á otro.—No veo por aquí al amo de casa.

—No tardará en venir de seguro, contestó el eclesiástico: hoy como viernes ha presidido la Academia de la Historia, y desde allí ha ido á la Sociedad económica, donde parece que esta noche lee el señor Jovellanos el plan del *Informe sobre la ley Agraria*.

—¡Jovellanos, Jovellanos! continuó don Ramon de la Cruz, este sí que protegería eficazmente la escena española, si fuera ministro ó gobernador del Consejo; y entonces no tendría que bregar tanto el señor Armona para que no decaiga, y serían fructuosísimos sus afanes.

—¡Hola, se hablaba de teatros!

—Cabalmente, señor corregidor, y estaba diciendo que solo vos los patrocináis en cuanto se halla á vuestro alcance, y me quejaba de la indiferencia con que los miran el señor conde de Floridablanca y el señor gobernador del Consejo. ¡Si los amaran como Jovellanos! Y eso que este varón insigne tiene á mis ojos el pecadillo de haber escrito unas jácara contra García de la Huerta, donde ni aun su *Raquel* se perdona, siendo así que un solo acto de esta tragedia famosa vale mas que todos los versos de Jovellanos, sin exceptuar su descripción de la Cartuja del Paular de Segovia.

—¡Pues no sabe el señor don Ramon cuanto me cuesta lo poquísimo que puedo hacer para ir dando lustre al palenque, donde lidiaron con tanta gloria Lope de Vega y Calderon de la Barca! exclamó el buen Armona. Nadie respeta mas que yo al actual gobernador del Consejo; nadie le tributa mas expansivos elogios por sus no interrumpidos esfuerzos enderezados á que este país se ilustre ¿quién es capaz de enumerar los grandes bienes que debe España á los cuatro lustros de su inmortal fiscalía del Consejo de Castilla, que ahora gobierna? ¿A quién no pasan su laboriosidad y erudición portentosas, y patentes en el *Tratado de la regalia de Amortización*, en los discursos de la industria y la educación populares y en otros escritos inestimables? Yo tengo todos los impresos, hasta uno de los treinta ejemplares que hizo tirar de sus *Avisos al maestro de escribir sobre el corte y la formación de las letras, que serán comprensibles á los niños*.

—También yo tengo otro: por señas que las reglas se hallan en verso: hasta el señor gobernador ha pagado tributo á las musas, dijo don Ramon de la Cruz en tono de complacencia.

—Estériles han sido sus instancias y sus exigencias para que le entregue un ejemplar de sus *Disertaciones sobre los Templarios*; obra que publicó siendo mozo, y que le abrió las puertas de la Academia de la Historia, y que se arrepiente de haber dado á la estampa, y de la cual no quisiera dejar ningun rastro: y así ya hace años que recoge cuantos ejemplares le es posible; pero lo que es el mío no da en sus manos, pues le tengo en aprecio sumo y mas desde que escasea por extremo. Pues bien, señores, con todas sus campanillas, con todas sus despreocupaciones de las ideas vulgares, con todas sus luces, el señor gobernador del Consejo de Castilla por poco dá que reir en los teatros.

—¿Cómo, cómo? preguntaron todos.

—Voy á decirlo, continuó el corregidor, sin que se entienda que rebajo en un ápice el mérito sobresaliente del personaje, honra de la magistratura y de las letras españolas, verdadero padre de los necesitados, y de quien se puede afirmar sin lisonja que eternamente ceñirá sus sienas la pura oliva, símbolo de la paz y felicidad que desea á los hombres, y de la luz y ciencia con que ilustra sus almas. Pues, amigos, es el caso que un señor alcalde de corte, cuyo nombre paso por alto, ya que de su tontería le disculpan el buen celo por el servicio y la circunstancia de ser nuevo en un empleo tan delicado, expuso al señor gobernador del Consejo que, estando en el teatro del Príncipe de oficio, había observado que los alguaciles salían á las tablas con el respetable traje de golilla, y que á veces se les dirigían pullas y dichos vulgares. Con la enérgica actividad que le es propia, expidió orden ejecutiva el señor gobernador para que los alguaciles vistieran de traje militar en las comedias, y para que no se les insultara con palabras, ni acciones. Antes de dar cumplimiento á orden semejante, me pareció oportuno representar como corregidor de Madrid, y protector de los teatros, y amante de la merecidísima reputación de varón tan preclaro, que hartas faltas había en la escena española, después de las ya reformadas, sin añadir ahora la impropiedad de los trages; que nuestros célebres autores del siglo XVII no pudieron dar otro que el de golilla á los jueces y á los alguaciles; que el llamado militar no se había conocido en España hasta el siglo XVIII; y que así los embajadores, los extrangeros y las personas cultas de la corte se reirían de un anacronismo tan grosero.....

—Y se convencería de fijo, interrumpió el señor Traggia, porque una de las dotes que mas recomiendan al amo de esta casa es su deferencia á la opinion ajena, cuando vale mas que la propia. Me acuerdo mucho de lo que me expresaba quejoso y descorazonado contra su costumbre, cuando á punto de salir á luz su *Juicio imparcial sobre el monitorio contra Parma*, lo denunció el obispo de Tarazona, á nombre suyo y de los otros cuatro prelados que componían el consejo extraordinario, por contener máximas detestables, y proposiciones dignas de censura y otras ya condenadas; todo después de haberlo sometido espontáneamente el autor al exámen de aquellos señores arzobispos y obispos, y de transcurrir cerca de un mes sin que le significaran ni asomo de inconveniente alguno.—«Señor don Joaquín, me decía, ó yo no entiendo las cosas ó ese señor obispo me debía manifestar en confianza sus reparos ó para satisfacerse con mis respuestas, ó para desengañarse de mi ignorancia. Yo no rehuso las luces ajenas, ni soy capaz de combatir escritos de otro por tales vías y arbitrios: el mejor medio es el de

escribir cara á cara, para que el público juzgue del talento de cada uno, y si no es este el ánimo, el trato amistoso puede reparar un descuido, mejorar una especie ó aclarar lo que esté oscuro.»

—Eso es muy de su genio, siguió el corregidor, y así lo puso en planta, al hablarle del modo que he indicado, pues toda su respuesta se limitó á pedirme la orden firmada de su puño y á hacerla pedazos en mi presencia.

—Otro que el señor Armona, dijo don Ramon de la Cruz, se hubiera atendido á la letra, y dando curso á lo mandado, ocasionara una ridiculez espantosa en desdoro del país y de uno de sus mas privilegiados hijos. No necesitaba nadie tal prueba para saber que el corregidor de Madrid junta un alma excelente á sus demás cualidades, harto reconocidas por nuestro inolvidable Carlos III, cuando en el camino del Pardo, se negó rotundamente á relevarle de su empleo, y le dijo con su benevolencia nunca bien ponderada:—*Mira, Dios nos ha de ayudar; mas viejo estoy yo que tú y voy trabajando.*

—Así fué en verdad, repuso Armona; y ahora el señor don Carlos IV y la señora doña María Luisa me atribuyen mas parte de la que me corresponde en la brillantez de las fiestas con que ha celebrado Madrid su exaltacion al trono, y encomian lo bien surtida que está la villa de granos, tarea mas penosa para un corregidor que todas las demás de su oficio, y no hallo manera de conseguir que me permitan el reposo cada vez exigido con mas premura por mis años y mis achaques.

—Su excelencia, se oyó decir á un page, levantando la cortina de damasco de la puerta.

Y acto continuo se vió entrar al gobernador del Consejo, don Pedro Rodriguez Campomanes, dechado de gravedad no afectada y de ingénita bondad, y dignísimo á todas luces de respeto. A su casa concurrían todas las noches hasta las nueve y media las personas citadas y otras muchas, donde platicaban familiarmente de todas las materias en que se puede espaciar sin ningun riesgo el discurso humano.

Todos le saludaron afablemente, á todos respondió con amabilidad extremada, y trocados los saludos, nadie pronunció una palabra, mientras sus pages le quitaban el espadín y le tomaban el sombrero, pues no solo por cortesanía, sino hasta por egoismo todos acostumbraban á dejar la palabra á Campomanes, como que siempre se aprendió algo sustancioso de sus mas indiferentes conversaciones.

—Señores, dijo con gusto general de los tertulianos al ver que rompía el silencio, Jovellanos es un grande hombre. ¡Qué erudicion tan sazónada la suya! Se ha amamantado en las buenas doctrinas. ¡Lástima que se halle á su sabor en el Consejo de las Ordenes militares, donde nada trascendental se puede llevar á cabo! Su capacidad necesita campo mas espacioso: no hay cargo público en el reino, por elevado que se busque, superior al valer de este paisano mio. Por unanimidad ha acordado la Sociedad económica matritense que sin levantar mano se dedique á extender el informe segun el plan que nos ha leído. No es posible discurrir cosa mas acabada. Si se plantean las sabias máximas expuestas en su escrito con el buen método y la pureza de lenguaje, que le valen justo renombre, dentro de pocos años florecerá pañosamente nuestra agricultura, y las fuentes de la riqueza pública manarán oro, y convaleceremos al fin de las angustias de tantos años.

—Me atrevería á rogar al señor don Pedro que nos indicara algunas especies del plan que elogia, dijo el señor Traggia.

—Por fortuna, añadió don Ramon de la Cruz, no se le conocen los años al señor Campomanes en la lozanía del entendimiento, ni en la frescura de la memoria, y si la voluntad le impulsa, de positivo nos repetirá palabra por palabra cuanto ha leído el señor Jovellanos. Aun no hace dos meses en la vista de un pleito, le oí citar punto por punto una ley mal alegada por un letrado.

—¡Qué cosas tiene este buen don Ramon! exclamó Campomanes.

—Pues que soy hombre de verdad, lo están divulgando mis sainetes.

—Vamos, vamos señor don Pedro, instó el señor Traggia, suspensos estamos todos de vuestros labios.

—Excelentísimo señor, acaba de llegar el parte del real sitio de Aranjuez, y ya tiene V. E. los pliegos en el escritorio, interrumpió un page entrando de repente y dirigiéndose á su amo,

—No podia llegar á peor hora, dijo don Gabriel Sancha, con asentimiento de todos.

—Aun no son las nueve, añadió don Juan Villanueva, y quizá antes de la hora de retirarnos pueda satisfacer nuestro deseo el señor conde de Campomanes, si la correspondencia no es mucha.

—Allá veremos, pronunció Campomanes al salir de la sala; de todos modos á las nueve y media nos despediremos segun costumbre.

Apenas eran pasados tres minutos, y aun estaban impresionados los tertulianos por las palabras de Campomanes, cuando salió éste precipitadamente y con sobresalto visible. Todos se alarmaron y dieron muestras de la ansiedad mas viva.

—¡Qué desgracia, señores! exclamó Campomanes. ¡Increíble parece la alevosía! ¡Esta mañana han dado de puñaladas al señor conde de Floridablanca!

—¡Dios santo!—¡Qué horror!—¿Y quién ha sido el infame?—¿Pero ha muerto?—A un mismo tiempo sonaron estas diversas frases arrancadas al dolor, que instantáneamente se pintó en los semblantes de cuantos oyeron la infausta noticia.

—Un religioso del convento de San Pascual me escribe algunos pormenores del terrible caso, pronunció con gran agitacion el señor Campomanes, y reinando el silencio mas profundo se le oyó leer lo que sigue:—«Mi respetabilísimo señor conde y amigo: Estamos en la mayor consternacion desde esta mañana, pues á cosa de las diez y yendo á entrar el conde de Floridablanca en el cuarto del señor infante don Antonio, le ha asaltado un hombre, y con un puñal le ha hecho dos heridas en la espalda izquierda: al primer golpe tropezó en hueso el arma homicida: mas cierto el segundo ha hondado bastante ¡Muere traidor! gritó el asesino con el acento y el ademán de un desesperado furioso, y de seguro muriera á no quitársele de encima sus dos lacayos, arrojándose resueltamente al infame y sujetándole con sus robustos brazos, é impidiéndole que se suicidara como pretendia bárbaro y desalmado. Sin demora se le condujo al cuartel de Guardias, y se ha enviado á buscar un alcalde de corte para que le tome las primeras declaraciones. Al señor Floridablanca le trasladaron por de pronto á la secretaría de Estado, próxima al lugar de la trágica escena. Siempre sobre sí y lleno de espíritu manifestó deseos de que le llevaran á